

DISCURSO

PRONUNCIADO

POR EL P. FR. NICOLAS CONCETTI O. S. A.

EL 8 DE MAYO

CON MOTIVO DEL XV CENTENARIO

DE LA CONVERSION DEL S. P. AGUSTIN

OBISPO DE HIPONA

EN LA IGLESIA TITULAR DE LOS PP. AGUSTINOS DE QUITO



QUITO

IMPRESA DEL CLERO

1887



DISCURSO

PRONUNCIADO

POR EL R. P. FR. NICOLÁS CONCETTI,

DE LA ORDEN AGUSTINIANA, EN SU IGLESIA DE QUITO,
EL DÍA 8 DE MAYO, CON MOTIVO DE LA CELEBRACION
DEL XV ANIVERSARIO DE LA CONVERSION.

DE SAN AGUSTIN,

OBISPO DE HIPONA.

Sicut tenebrae ejus, ita et lumen ejus.
Como fueron profundas sus tinieblas
así fué resplandeciente su luz.

Ps. cxxxviii, 11.

Excmo. Señor,

Señores:

Ocupada esta cátedra por eximios oradores (1) en los tres precedentes días de esta centenaria solemnidad de la admirable Conversión de mi Gran Patriarca y Doctor de la Iglesia San Agustín, yo incurriría en la nota de presunción, si intentara hablaros tan

(1) El R. P. Fr. Jacinto Lacámara, Prior de Santo Domingo; el R. P. Luis Muñoz, de la Compañía de Jesús; y el Sr. Canónigo Dr. D. Federico González Suárez.

fabia y elocuentemente como ellos lo han hecho con admiración del auditorio, gratitud de esta Comunidad, y honra y gloria de Dios, de Dios sobremañera loable y prodigioso en llamar á Agustín de las tinieblas del error á ser lumbrera de la Iglesia Católica. Renuncio, pues, á toda mal fundada pretensión, y me consagro tan sólo al deber de tributar un homenaje de piedad filial á mi excelso Patriarca, contando con vuestra benévola indulgencia; porque, además de mi insuficiencia, que bien conozco cuan grande es, el objeto mismo, á saber, "Agustín en su admirable conversión", excede á todo elogio y ponderación, y se presta para ser contemplado, mas no para ser alabado.

En verdad, si para comprender la trascendencia de este acto de la Conversión, es indispensable conocer á fondo lo que fué Agustín antes de convertirse y lo que vino á ser cuando se convirtió; si, en el orden de la naturaleza, fué saludado "ingenio incomparable en quien se hallaba encerrado el más alto y perfecto grado de sabiduría de que es capaz la naturaleza racional, Padre y Fundador de la Filosofía y Teología cristianas y de la Filosofía de la Historia;" si, en el orden de la gracia, fué de consuno aclamado "Luz del mundo, Maestro de la Iglesia, Aguila de los Doctores, Padre de los Padres, Terror y Azote de herejes, Portento de penitentes, Modelo de sacerdotes, Espejo de Obispos, Patriarca del Monaquismo en Occidente, Santo cuyo exclusivo lema está expresado en estos dos magnos signos "*Veritas, Charitas*;" ¿cuáles pensáis que serían esas tinieblas en que la Providencia permitiera estuviere envuelto por treinta y tres años el mayor de los ingenios, el más amoroso de los corazones? ¿Su luz talvez será la medida de sus tinieblas y sus tinieblas la medida de su luz?

Las tinieblas de este grande varón las dejó descritas él mismo, contemplando alegóricamente renovadas en su mocedad las tinieblas del caos que precedieron á los seis días de la creación, hasta el punto en que convertido á Dios quedó hecho luz: *Et terra no-*

stra antequam acciperet formam doctrinae invisibilis erat et incomposita, et ignorantiae tenebris tegebatur. . . . displicuerunt nobis tenebrae nostrae, et conversi sumus ad te et facta est lux (Conf. lib. xiii. c. 7.) Y pues llegando Agustín al primer día de la creación á la luz, la humildad le embargó la pluma, será muy justo, que yo, si no ingeniosamente, por lo menos con amor filial, recorra esa alegoría, contemplando á la luz de la fe y de la razón de Agustín, renovadas después de su Conversión las maravillas de los seis días mosaicos en un sentido magno, sublime y espiritual.

Procediendo el orden moral, no menos que el físico ó dinámico, de la esencia única de Dios, no solamente una sola debe ser la ley que rija á entrambos, uno solo el principio con que el Criador disponga lo visible é invisible, lo espiritual y corpóreo, como uno solo es el prototipo de tan grande variedad; mas aun cada ser en su esfera, imitando la esencia divina de la cual es participación, debe observar la misma ley única, repitiéndose así en el individuo lo que se hace relativamente al universo; ó más bien dicho, debe ser una misma la acción divina sobre el universo y sobre los individuos, y la creación del universo físico nos debe dar una idea de lo obrado en el universo espiritual y en cada uno de los seres que le componen.

Y siendo Agustín magno en el orden de la naturaleza y de la gracia, ¿quién no verá renovada la geonía mosaica en su admirable vida, en grandes y bien demarcadas proporciones?

Prediquemos, pues, á Dios sobremanera grande y loable en Agustín sacado de las tinieblas de la gentilidad á ser lumbrera de la Iglesia. Contemplemos en el caos del Génesis los extravíos de su mocedad, y en los seis días de la Creación las obras de su santidad y sabiduría: *Sicut tenebrae ejus, ita et lumen ejus*: puesto que horror os causarán sus tinieblas, más admiración os causará su luz.

Las luces del Divino Espíritu, que convirtió á Agustín de las tinieblas del error y del vicio en gran

Santo y Luz del mundo, alumbren nuestras mentes y corazones y los santifiquen por la intercesión de María Santísima, canal de esa fuente eterna de las luces y de las gracias.—*Ave María.*

I

“Dios crió todas las cosas simultáneamente: *Qui vivit in aeternum creavit omnia simul* (1). Al salir, pues, este universo de la nada á la existencia, en su mole contenía la materia bruta, el calor, la electricidad, la afinidad química, la atracción y repulsión molecular, las fuerzas centrípetas y centrífugas, los elementos del reino mineral, vegetal y animal, y los de este cuerpo humano informado por un alma espiritual, el agua, el aire, el fuego: todo lo crió Dios en germen con una sola palabra. *Ipsé dixit et facta sunt.* (2)

Esta aglomeración de seres no podía presentar aspecto alguno, ni orden, ni perfección, ni hermosura: no podía constituir un cuerpo celeste ni terrestre, ni un sólido ni un fluido, ni tierra, ni océano, ni montañas, ni planicies, ni desiertos, ni fecundos campos; era todo y era nada: todo porque de esa aglomeración debía salir este universo hermoso: nada porque no tenía forma alguna determinada.

Terra autem erat inanis et vacua: esta aglomeración de seres era informe, desordenada, invisible: encerraba la hermosura de la luz y los horrores de las tinieblas, la rígida frialdad del hielo y los calores expansivos del fuego, la aridez de la tierra y la fluidez del océano, el peso de los graves y la sutileza de los imponderables, los elementos primitivos de los seres destinados á unirse, pero rebeldes y confusos que sin calma y movimiento arreglado formaban una ruda é indigesta mole que los antiguos llamaron caos: *rudis indigestaque moles quam dixere caos.* Todo estaba mezclado y confundido, todo inquieto, infecundo, to-

(1) Eceli, XVIII, 1.

(2) Ps. XXXII, 9.

do era desolación, silencio, vacuidad, ni aliento de vida, ni rayo de luz. . . . era, dice Agustín, una profundidad impenetrable, incomprensible un insondable abismo; sólo el Espíritu del Señor se movía sobre las aguas de un modo misterioso é inefable, como el pensamiento y el amor del arquitecto recorren el edificio que ha ideado construir: *Sicut superfertur rebus fabricandis voluntas et idea fabri*. Se comunicaba á la indigesta mole, la ponía en efervescencia, de la cual iba resultando la resolución de los elementos, las combinaciones, la luz, el firmamento, las plantas y las flores, el sol, la luna, las estrellas, los reptiles, los cuadrúpedos, los volátiles y los peces, y aparecía la tierra revestida de hermosura con el suave verdor de los vegetales. (1)

La creación del mundo físico es símbolo de la creación en el orden espiritual y sobrehumano de la gracia. En éste también las tinieblas precederán á la luz, la confusión al orden, el desarrollo progresivo á la perfección determinada. Vedlo en Agustín.

Agustín antes de su Conversión era un sér informe en el cual Dios había criado simultáneamente todas las prendas de naturaleza y gracia. Encerraba los gérmenes de ese corazón inflamado en el fuego del amor, de esa alma excelsa que desdeñaría las sendas de la medianía, de ese genio superior que llegaría al dominio de todos los ingenios, de esa alma destinada para lo heroico del bien ó del mal. Era todo, y no era nada, pues le faltaba la aspiración á su último fin y andaba miserablemente errando en los campos envenenados de placeres prohibidos y de humanos errores.

¿Qué era Agustín antes de su Conversión? Todo y nada. No hay duda que se encerraban en él los gérmenes de un joven delicado y pundonoroso, de un lógico temible, de un poeta coronado, de un metafísico sublime, de un teólogo consumado, de un perfecto

(1) S. Aug. Conf. lib. XII-III; De Gen. cont. *Manicheos et de Gen. ad litt. imperf.*

orador, de un azote y terror de herejes, de un príncipe de la virtud, de la santidad, de la sabiduría, de un maestro de sabios, de un sol iluminador del catolicismo, de un fundador de la filosofía y teología cristianas, de un Espejo de Obispos, del Patriarca del monaquismo en Occidente, de un Serafín de amor de Dios, de un Santo ante cuyos altares los fieles reverentes doblarían la rodilla. Todo esto podía estar y estaba en germen en Agustín, mas nada existía aun. No era sabio, aunque lo deseara, pues se hallaba fuera de la senda que conduce á la sabiduría; no era joven delicado y pundonoroso, pues se corría de sí mismo al presenciar ante los ojos de su alma condensada su maldad; no era lógico ni metafísico, pues la metafísica, teniendo por objeto la verdad, y la lógica el buen uso de las facultades para conseguirla, él en su mocedad la buscaba donde no se encontraba y con aquel orden que conduce al extravío; no era poeta de la belleza verdadera, pues siendo la poesía la expresión de lo bello que es el esplendor de la verdad, Agustín no se deleitaba en lo bello, ya que no poseía lo verdadero; no era orador de la verdad, pues aquel lo es que habla con sabiduría, y Agustín no la poseía; no era el mejor joven en talento, el príncipe de la virtud, de la santidad, de la sabiduría, pues otros más sesudos que él desde la mocedad se apoderaban del cielo y él con todo su saber se agitaba en el cieno de la corrupción; no era ni Espejo de Obispos, ni asombro de penitentes, ni Padre del Monaquismo en Occidente, ni Santo, pues no era cristiano; y muy lejos estaba de ser el Sol iluminador del mundo sabio, pues era tinieblas y tinieblas tan indescifrables, que en su mocedad no podemos denominarlo ni pagano, ni maniqueo, ni académico, ni cristiano y ni hereje.

A la verdad, Agustín en medio de sus extravíos jamás ofreció incienso á Venus, ni libó copas á Baco, ni dobló su rodilla ante Júpiter Olímpico, ni se prosternó ante Minerva, ni invocó alguno de los dioses lares ó penates. Su juvenil curiosidad le hizo conocer

La astrología judiciaria, mas nunca prestó crédito á sus embustes que tuvo por insignes mentiras: enemigo personal de los magos, aborreció las obras de ellos, siempre ajeno á todo comercio y adoración del demonio. No fué, pues, Agustín pagano, ni tampoco fué maniqueo. El deseo de conseguir la verdad y resolver los más difíciles problemas le hizo inscribirse en el número de los oidores de Manés, pero jamás se le pudo inducir á que fuera admitido en el número de los elegidos. Disputando Agustín con Fortunato maniqueo le dice: *Nostis me non electum vestrum, sed auditorem fuisse.* Agustín fué tan sólo discípulo, si se quiere, más de ninguna manera maniqueo formalmente; y apenas hubo descubierto que los maniqueos no poseían la verdad, y á la vez miró la maldad de ellos en sus reuniones nocturnas, desamparó esa secta que le había robado las atenciones por nueve años.

Agustín al advertir que en vano había buscado la verdad y la felicidad en los libros de los filósofos latinos y griegos y en la secta maniquea, apagada toda esperanza de poder llegar á la posesión de la sabiduría, *academicorum more de omnibus dubitans* dudando de todo á la manera de los académicos, se arrojó en el abismo de la duda; mas á este accidente lo denominaría yo *necessitatis crimen non voluntatis*: partido tomado por la necesidad, y no por voluntad. No fué, por tanto, Agustín pagano, ni fué maniqueo, ni fué académico, ni era por eso cristiano.

Si bien, en efecto Agustín desde los pechos de su santa madre Mónica fuese catecúmeno, y con la leche materna hubiese gustado el amor y nombre de Jesucristo, aunque en la niñez acosado de grave dolencia pidiera con grande fe é instancia se le administrara el santo Bautismo, sin embargo en su juventud dejó de ser catecúmeno, ni recibió el bautismo hasta los treinta y tres años. Así que está lejos de Agustín aun la mancha de perfidia herética antes de su Conversión.

¿Qué era, pues, Agustín? Agustín antes de su conversión era una materia infame y desordenada,

envuelta en la horrorosa noche de falsos principios, engolfada en el abismo de la corrupción. Densas tinieblas cubrían la bella luz de su peregrino entendimiento, pues no poseía la verdadera ciencia, ignoraba la verdadera religión, la sana moral. Tinieblas era Agustín en su corazón, en el cual las más revueltas pasiones se disputaban á porfía el dominio: tinieblas y abismo insondable era el sendero de Agustín, pues no sabía ni donde se hallaba, ni á donde tendía. *Tenebrae erant super faciem abyssi.*

En medio de esas tinieblas su entendimiento experimentaba fuertes impulsos que le hacían anhelar la verdad, mas quedaba abatido por el error informe, confuso, vago y turbulento. Su corazón era á la vez frío ante la virtud y verdades reveladas, y fuego que estallaba como incendio y se dilataba rápidamente por los encantos de los deleites, de la inconsideración y liviandad: era árido en buenas obras, y fecundo en la pendiente de los placeres: pesado por la mole de su carne para levantarse á las regiones de lo bello, y bueno y ligero para precipitarse en el seno de la corrupción. En ese corazón batallaban la razón y el apetito sensual, el espíritu y la carne, el egoísmo y la generosidad, la nobleza y la vileza, la virtud y el vicio con todos sus lúgubres y alegres incentivos. Todos estos elementos sin calma, pero á la vez sin movimiento arreglado, forman una mezcla ruda y confusa, un verdadero caos; caos, abismo insondable de tinieblas, de inquietud, de desolación, silencio y aridez sin alientos de vida, sin rayo de luz: *Tenebrae erant super faciem abyssi* ¡Qué abismo! ¡qué tinieblas! ¡qué crisis!

En el corazón de Agustín reñían con denuedo los buenos ejemplos de su santa madre y los escándalos de un padre pagano; los sanos consejos de aquélla, y las pésimas insinuaciones de éste, la unción de la piedad de la primera, y la procaz mofa del segundo, la modestia de la madre y la desvergüenza del padre, la mansedumbre de la una y las iras del otro, la mortificación de aquella y la intemperancia de éste, el

cristianismo de Mónica por el cual era catecúmeno y el indiferentismo de Patricio por el cual se le negó el Bautismo en la niñez. Todo era en Agustín una aglomeración de gérmenes, una crisis, un caos: *Tenebrae erant super faciem abyssi*: era Agustín impenetrable, insondable abismo. Mas el Espíritu del Señor va recorriendo esa monstruosa aglomeración de elementos, en cada crisis va efectuando una determinación y poco á poco va obrando, diré así, la resolución de los elementos: *Spiritus Domini ferebatur super aquas*.

A la verdad, el Espíritu del Señor se mueve sobre Agustín y una tendencia irresistible le impele á la consecución de la verdad. Sediento de ella la entrevé de lejos, al leer el Hortensio de Cicerón, y jura ir en busca suya y al encontrarla abrazarse con ella eternamente. Ansioso recorre toda la filosofía antigua del paganismo, abre las divinas Escrituras, entra en conferencia con sus amigos, disputa con los católicos, se agita en sí mismo, el solo nombre de verdad le ata por nueve años á la secta maniquea, que abandona apenas conoce su falsedad y criminal hipocresía. En medio de la fluctuación de su ánimo va á oír á Ambrosio, y comprende que la verdad se halla en la religión de la cual Ambrosio es maestro y en los libros que guarda como divinamente inspirados. En medio de las ansias y perplejidades de su espíritu, de las olas de la angustia y avenidas de la amargura de su corazón, su entendimiento se va depurando de la escoria del error, se van disipando las nieblas que envuelven su inteligencia. Ya la verdad se presenta á Agustín para irradiar en su mente: pero como enfermo la ve y no la ve. . . . se estremece. . . . tiembla. . . . oyó la narración de la vida de San Antonio Abad y de los pobladores de la Tebaida, y Agustín se asombra: advierte que el Espíritu del Señor se mueve sobre él, y la conciencia le dice: "Tú, Agustín, decías que por no tener certeza de la verdad rehusabas arrojar de tí la pesada carga de la vanidad: ya al presente conoces la verdad, y todavía la vanidad te oprime."

Spiritus Domini ferebatur super aquas. El Espíritu del Señor sigue moviéndose sobre Agustín, y él interiormente lucha y combate consigo mismo, se consume en la amargura, llora, rompe los lazos carnales de su corazón, vence sus rebeldes pasiones arrostra todos los respetos humanos y dice: "Agustín ¿por qué mañana y no hoy?" (1) Lanza gritos lastimeros, se aparta hasta de su inseparable Alipio, se postra bajo una higuera y oye una voz que le dice: "Toma y lee, toma y lee" (2). Agustín toma el libro y lee "No en banquetes y embriagueces, no en vicios y deshonestidades, no en contiendas y emulaciones, sino revestíos de nuestro Señor Jesucristo y no empleéis vuestro cuidado en satisfacer los apetitos del cuerpo" (3). Un rayo de luz alumbra su entendimiento, las tinieblas están disipadas. Agustín queda convertido después de la más tremenda lucha del entendimiento con la verdad, del corazón con las pasiones; lucha de quince años de confusión, de crisis que acaba con una palabra, como el caos con el *fiat* criador de la luz. ¡Oh día feliz, hora dichosa, paso envidiable que quince siglos no han podido borrar de la recordación humana!

Señores, habéis visto alegóricamente renovado el caos de la creación en la mocedad de Agustín: contemplad ahora alegóricamente renovadas en el mismo Agustín, desde el día de su admirable Conversión, las maravillas de las seis épocas ó días del Génesis para ver en lo que se convirtió Agustín. *Sicut tenebrae ejus, ita et lumen ejus.*

II

Se ha dicho que el primer día de este Santo fué el día de su Conversión: dicho que encierra un sentido profundo, verdadero y admirable; pues, aunque en razón de las vicisitudes ordenandas de las cosas, se

(1) Conf. VIII, c. 12.

(2) Conf. lib. VIII, c. 12.

(3) Rom. XIII, 14.

le pudiera asignar duración á Agustín antes de su Conversión, sin embargo su sér informe y desordenado no permitiría fijarle *presente, pasado y futuro*; porque Agustín todavía no era el Agustín augusto en los fastos de la ciencia, en los anales de la Iglesia, en las épocas de las bellas artes, en las crónicas del Monaquismo, en los resplandores de la sabiduría y santidad. El primer día de Agustín fué el de su Conversión: cuando enrarecidas las tinieblas, dispuesto con todas sus potencias para colocarse á la altura que Dios en su providencia eterna le había designado, revestido con la virtud del Altísimo, sintió en sí tal impulso hacia su destino, se halló con tanta fuerza de acción, que agitándose en sí mismo y luchando con todos los tenebrosos elementos que rodeaban su juventud, salió del caos de este mundo y con su salida renovó la faz de la tierra de la ciencia y de la fe; pues el Señor dijo: "Hágase la luz y la luz brilló," en la mente y corazón de Agustín.

Esta luz que brilla en la mente y corazón de Agustín es luz propia, llena de santidad y sabiduría: las coronas de Santo se multiplican para Agustín con las aureolas de Doctor, desde el día de la Conversión. Como el primer día de la Geogonía Mosáica no tiene mañana y carece de noche, así la luz de santidad y sabiduría de Agustín no conoce mañana ni ocaso, pues su forma llena el espacio, el tiempo y la eternidad desde el día de su Conversión: y así como en el principio Dios supo preordenar tan sabiamente las causas naturales, que de las tinieblas saliera la luz, renovando semejante disposición de su providencia enciende la nueva luz del mundo, haciéndola salir de sus mismas tinieblas y por su propia actividad. Vedlo.

Agustín se ha convertido en luz, y á sus ojos se abre el camino á la esperanza de la vida, abundancia y gloria: en todos los conocimientos humanos resaltan ya sus puntos claros, oscuros, inmundos, honestos y obscenos. Abominable y feo aparece el paganismo, el maniqueísmo frívolo, absurdo y corrompido, embauca-

dora la astrología judiciaria, sórdida y satánica la magia, la mitología ridícula y corruptora, hinchada la filosofía pagana, el arrianismo impío, turbulento el donatismo, todas las herejías falsas, miserables y tenebrosas, absurdas en sus principios, inmorales en la práctica; la Iglesia Católica toda hermosa sin mancha y sin arruga en sus creencias, en sus prácticas y costumbres, una, santa, católica y apostólica. En Agustín lucen la filosofía, teología y bellas artes cada cual en su esfera, y el universo entero, regocijándose al ver los resplandores de esta nueva lumbrera, entona el cántico asombroso que inicia una época nueva: *Te Deum laudamus: te Dominum confitemur.*

Todo es luz en Agustín. La gracia desde el día de su Conversión enriquece su alma de las más arduas, perfectas y sublimes virtudes. Pues, si prodigioso fué el ingenio de Agustín, maravillosa su ciencia de literatura, de filosofía y bellas artes, siendo en ellas maestro sin haber sido discípulo, más prodigiosa fué su santidad, de la cual también podemos decir, que no la debe á los hombres, sino sólo é inmediatamente á Dios que la obró en él.

Vedle: recogido en sí mismo y lejos en la soledad de Casiaco de los maestros que otro hubiera necesitado, Agustín no ha menester sino de la gracia que directamente le infunde el Señor en la meditación de las Sagradas Escrituras para trabajar en la propia santificación, para instruirse en las verdades de la fe, reformar sus costumbres, arreglar su vida, domar las pasiones, desarraigar los vicios, plantar en su corazón las más escogidas virtudes y cultivarlas hasta el grado de salir no menos grande en santidad que en doctrina. De Agustín puede en verdad repetirse *Resultavit ut gigas ad currendam viam: a summo coelo egressio ejus*: Agustín recorrió su carrera á saltos de gigante, principiando por lo más encumbrado de la perfección cristiana. Desde el día de su Conversión se le contempla inflamado de un amor seráfico, de suerte que este amor le hizo dejar todas las cosas por

Dios, con ese amor quedaron sofocados todos los demás afectos, lloró porque tan tarde le hubiese conocido; y no sabiendo como expresar su amor, no bastándole las expresiones escriturales, las dulces énfasis de David, ni las fuertes proposiciones de Pablo, ni los vivos acentos de los Profetas, llegó á decir expresiones que parecerían locuras, si no supiéramos que el lenguaje del amor excede toda elocuencia. La rara elocuencia de Agustín en expresar los más sublimes conceptos de la mente, los más inefables fenómenos psicológicos, sólo es deficiente al patentizar el incendio de amor en que se abrasa. *Da amantem et scit quod dicam*: escribía, y se veía obligado á prorrumpir en exclamaciones tan tiernas como ésta: “¡Oh verdad tan antigua y tan nueva, cuán tarde te conocí y cuán tarde te amé!” Agustín siente una sola fuerza y es la fuerza transformadora del amor: *pondus meum, amor meus*. (Conf. lib. XIII, c, 15.) Ve Agustín que Longinos ha abierto el Corazón de Jesús con la cruel lanza y corre á esconderse allá, y en esa morada de amor defíco prorrumpe en estos acentos: “Yo os amo, Dios mío, lo siento, estoy seguro de ello, mis temores no son serviles, mis esperanzas no son interesadas.” Allí en esa morada quedó constituido maestro de la verdad y de la santidad, y aquellos discípulos que antes lo habían saludado maestro de las bellas letras humanas, reconocen en él al maestro de la belleza divina, de la verdad; su tenor de vida les sirve de regla segura de perfección evangélica. *Fiat lux, et facta est lux*.

Está en la naturaleza de todo sér racional que necesariamente sea activo y que obre en conformidad á la esencia divina de la cual es participación. Agustín, habiendo hallado á su Dios, vida de su vida, centro de su actividad, fuerza de sus operaciones, no podía quedarse ocioso, sino que debía comunicar su sabiduría y bondad al universo. Él, que había palpado la vanidad de los académicos y la ignorancia de los maniqueos, lo absurdo de los primeros y lo absurdo y corrompido de los segundos, apenas halló aquella

verdad inútilmente buscada por los primeros y maliciosamente negada por los segundos, escribió para la instrucción de los primeros y confutación de los últimos. Esto era derramar luz sobre el mundo religioso, científico y moral; levantar un muro de separación entre la noche de la duda y del error y los resplandores de la verdad, demarcar la diferencia entre maniqueos y católicos, entre la verdadera religión y la falsa, entre la sincera piedad y la perversa hipocresía. A lo primero llamaba error, tinieblas, extravío, noche: á lo segundo luz, verdad, bondad, día; á lo primero falsa ciencia é irreligión, á lo segundo verdadera ciencia y verdadera religión: *Divisit Deus lucem a tenebris, appellavitque lucem diem et tenebras noctem* (1). Si, Agustín apenas convertido aplicó su actividad á escribir obras en las cuales derramó luz sobre las tinieblas de las cuales había salido, y separó la noche del error y el vicio del día de la verdad y bondad, como quien dijera: "Allá lejos de mí esas tinieblas de mi mocedad: ha llegado el día de la verdad: atended pues á mi presente enseñanza y olvidaos de la pasada: *Nox pruessecit: dies autem illuminavit*; y desde este día ved las maravillas que Dios obra en mí, y en primer lugar ved el firmamento."

Encontrada la luz de la verdadera religión, abre Agustín los libros santos y ve que no todos los admiten íntegramente, que no todos los interpretan de un mismo modo. Contempla esa inmensidad de aguas de doctrinas que inundan á la Iglesia y la privan de la propia hermosura y visibilidad: divide luego esas aguas en superiores, es decir, que tienen por objeto la Iglesia Triunfante, y en inferiores, que sirven á la Iglesia Militante: separa la letra material que mata, del espíritu que vivifica, el sentido material del sentido espiritual. De la Iglesia Triunfante canta las celestes bodas con el Inmaculado Cordero; para la Militante, forma el canon de los libros santos, los separa

(1) Gen, I.

del poder de los individuos y los pone bajo la firmeza del magisterio infalible de la Iglesia. Y como resultado de sus estudios nos da estos tres principales cánones: *Ecclesia est firmamentum, et columna veritatis*: la Iglesia es la firmeza y sostén de la verdad.—*Roma locuta est, causa finita est*: en materia de fe y costumbres, la cátedra romana es infalible, su juicio es inapelable.—*Evangelio non crederem, nisi Catholicae Ecclesiae me moneret auctoritas*: sin el magisterio de la Iglesia católica, no creo ni al Evangelio. Verdadero y espléndido firmamento en que estriban todas las verdades reveladas, y contra el cual estrellándose el error perece. En ese firmamento se apoyan los Concilios, los Obispos, los Teólogos, toda la República cristiana hasta la consumación de los siglos.

Con este firmamento quedan separadas las aguas de las aguas, la Iglesia Triunfante de la Militante, la naturaleza de la gracia, la razón de la fe; pues si alegóricamente por firmamento se debe tomar la autoridad de la Sagrada Escritura que como divina, al decir de Agustín, se eleva y extiende sobre nuestra cabeza, los que moramos en esta tierra representamos á la Iglesia Militante, y contemplamos el orden sobrenatural al través de opacas y á veces oscuras nubes, y los que están sobre ese firmamento son los santos comprensores que en el resplandor de la luz divina contemplan cara á cara á la misma divinidad (1). *Fiat firmamentum in medio aquarum et dividat aquas ab aquis, et factum est vespere et mane dies secundus.* (2)

Manda luego Agustín que todas las aguas que se hallan bajo el firmamento, es decir, que pretenden ser católicas, (y por lo mismo sujetas al poder de la Iglesia), se congreguen en un solo lugar y aparezca la tierra árida. Esta es la obra del tercer período de Agustín en el cual, con el carácter de Pastor, Teólogo y Apologista, examina una á una todas las doc-

(1) Conf. lib. XIII, c. 9.

(2) Gen. c. I.

trinas que pretenden ser verdaderas y las separa: de todas las falsas forma el *maria* y de la única verdadera el *árida*: *Dixit vero Deus congregentur aquae in locum unum et appareat arida. . . . aridam terram, congregationesque aquarum appellavit maria.* (1)

Para que Agustín imitara esta obra de la tercera época de la creación, Dios le había dotado de una fortaleza, penetración y discernimiento sin segundo. Ninguna cosa se ocultaba á la claridad de su entendimiento: resolvía los más intrincados sofismas, embotaba los más agudos argumentos, prevenía las más astutas y sutiles objeciones, aclaraba las más oscuras cuestiones y desenredaba el nudo gordiano de toda herejía. Hizo el censo de todas las herejías que habían tenido origen en el seno de la Iglesia desde la Ascensión del Señor hasta sus días, y enumeró 78 de ellas. Luego combatió al disidente Donato que tenía envuelta en el cisma casi toda el Africa, y lo condenó á formar parte de la mar, en varios libros, cartas, sermones, disputas, conferencias y tratados, que sería muy largo nombrar por sus títulos, pero que se sintetizan en estas palabras del Salmo ó cántico que compuso contra los Donatistas: "Cualquiera que sepa el Evangelio, no se ensoberbezca: en la red (de Pedro) contem-
"ple á la Iglesia, en la mar contemple á este siglo,
"pues la mezcla de peces representa á los justos que en
"este mundo viven en medio de los pecadores: la playa
"ya es el fin del presente siglo, y en esta playa se hace
"la separación. Al romper los Donatistas la red, dieron
"prueba de que amaban sobremanera la mar.
"Los vasos son los asientos de los Santos, en
"los cuales no pueden llegar á sentarse los Donatistas.
". . . de tal modo los donatistas rompieron la red
"que ahora andan errando por la mar" (2). A la vez que combatía á los Donatistas, obligaba á formar parte de la mar á Arrio, Macedonio, Narciso Demófilo,

(1) Gen. c. I.

(2) Aug. Ps. contra partem Donati.

Eusebio de Nicomedia demostrando la consustancialidad del Verbo con el Padre por quien fueron hechas todas las cosas y él no hecho sino engendrado, *genitum non factum*: compelia á refugiarse en las mismas aguas de la mar á los restos de los Macedonianos, demostrando la divinidad del Espíritu Santo; y haciendo el resumen de todos sus trabajos contra los primeros y los segundos, en el segundo libro contra Maximino Arriano, Agustín en estos términos cantó su victoria: "De lo disputado hasta aquí aparece claramente que uno mismo es el poder, la sustancia, la deidad, la majestad y gloria del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, porque la misma Trinidad es único Señor Dios nuestro." (1) Al mismo Nestorio, antes que fuese solemnemente condenado por la Iglesia, ya Agustín lo había contado entre las aguas de la mar, enseñando en muchas de sus obras: "Jesucristo Hijo de Dios es "Dios y hombre. Es Dios ante todos los siglos, es "hombre en nuestro siglo: Dios, por ser Verbo de "Dios, pues Dios es el Verbo; hombre, porque el alma racional y la carne se unieron al Verbo en unidad "de persona" (2). Los Novacianos, que negaban la absolución á los que hubiesen pecado después del bautismo; Priscila, que en España sembraba el absurdo de los dos supremos coprincipios, del hado, de la metempsícosis y el ser lícita la mentira; Joviniano que predicaba su impúdica doctrina contra la virginidad, el santo pudor y la santidad del matrimonio: todos fueron arrojados de la faz de la tierra sólida, la Iglesia, por la palabra vencedora de Agustín, y condenados á vagar en la inmensidad del océano. Por último, los Pelagianos, Semipelagianos, Vigilancio, los Acéfalos y Abelianos fueron combatidos y vencidos por el Azote de los herejes, Agustín, de quien se dijo que el solo nombre era aterrador para las huestes enemigas de la verdad. Los Acéfalos, Abelianos y Vigilancio fueron re-

(1) Aug. contra Maximinum. lib. II.

(2) Aug. Euchir. c. XXXV

fittados por Agustín en varios opúsculos, y Pelagio con el peso de 23 obras maestras, en las cuales probó la transmisión del pecado original, la colación de la gracia, el libre albedrío, y la predestinación gratuita á la gloria. Que si estas agnas como las turbulentas de Pelagio y Celestio pretenden desbordarse, Agustín da la voz de alerta á los Obispos y á los fieles hasta obligarlos á contenerse dentro de los linderos que les ha fijado. Y adviértase que, así como Dios de tal manera disponía la tierra, que las agnas de la mar, cada vez que volvieran á inundar la tierra, por su misma fluidez y peso resbalarían y correrían á encerrarse dentro de las barreras que les había fijado por linderos, del mismo modo Agustín de tal manera compele á la herejía á estar fuera de la Iglesia, de tal manera establece el dogma católico, que en todo tiempo, cualquier herejía se hallará de antemano condenada en sus libros, y obligada al oprobio y á la pena, al dolor y á la muerte. Séame pues lícito exclamar: ¡Qué grande eres Agustín en esta obra imitadora del segundo día de la creación: *Quoniam ipsius est mare et ipse fecit illud, et siccam manus egus formaverunt.* Tú, Agustín, dominaste ese mar de errores y fundaste la tierra sólida con el poder de tus obras, fijando en ellas las notas y caracteres del error, quitándole las armas y obligándole á apartarse de la tierra la Iglesia, y por esto te saludamos: *Perpetuus haereticorum malleus.* Con razón, pues, el solitario de Belén al verte empeñado en lid tamaña con tan grande acierto y denuedo, te saludaba: *Macte virtute in orbe celebraris, Catholici te conditorem antiquae rursus fidei venerantur atque suspiciunt, et quod signum majoris gloriae est omnes haeretici detestantur* (1).

Y ¿qué será ahora de la tierra? Agustín, ministro de Cristo y dispensador de sus misterios riega á esta tierra árida, es decir á los verdaderos fieles, (2)

(1) Hieron. Ep. 25, ad Aug.

(2) Aug. Conf. l. XIII, c. 11.

mediante un manantial inagotable que es la gracia de Nuestro Señor Jesucristo.

Al pronunciar esta palabra, se despierta la memoria de nuevos trabajos de Agustín en los cuales establece y define la naturaleza de la gracia y las diversas aplicaciones según los diversos estados y condiciones de la vida; obras tan perfectas, admirables y variadas que no pudieron menos de conciliarle la admiración y veneración de toda la Iglesia que le decretó el título de Divino: *Divus Augustinus*. Pues Agustín, lleno de la Sabiduría del Verbo, poderoso en la palabra y en las obras, se aplica á cultivar la *tierra árida* con su solicitud pastoral, la riega con la continua predicación de la divina palabra, la refresca con amonestaciones y cartas, le da vigor con el brillo de sus buenas obras y acrisoladas virtudes; y la gravedad de Sócrates, la sutileza de Aristóteles la sublimidad de Platón, la autoridad de Pitágoras, la sagacidad de Empédocles, la elocuencia de Cicerón, la vehemencia y elocuencia de San Cipriano, la facilidad de Lactancio y el estilo de hierro de Tertuliano, la sagacidad de San Atanasio en la invención y su fuerza en la expresión de los argumentos, la noble elegancia, enérgica expresión y puro aticismo de San Basilio, la sublimidad y exactitud del Nazianceno, la riqueza en estilo armonizada con lo patético del Crisóstomo, la peregrina fuerza de imaginación y vastísima erudición de San Jerónimo, la natural amenidad y abundancia de unción de Ambrosio: todo lo reúne y emplea alternativamente Agustín según lo exige la naturaleza de sus escritos para dar acción y vida á los fieles. Les da á conocer los siete permanentes canales por los cuales la gracia de Nuestro Señor Jesucristo se comunica á la humanidad, y la transforma hasta hacerla llegar á la edad perfecta: estos canales son los siete sacramentos que Agustín estudia, vindica y canta en luminosas páginas. No descuida á los catecúmenos, se desvela por los neófitos, dirige su palabra y escritos á las almas vírgenes, enseña á los casados sus de-

beres, exhorta é instruye á las viudas, funda y legisla á los monjes, reforma á los clérigos, escribe un catecismo para los ignorantes y otro para los doctos, forma para todos el Espejo de la vida cristiana, la exposición de los salmos de David, la ciudad de Dios, cuestiones, libros, tratados sobre el Antiguo y Nuevo Testamento, cartas, sermones y homilias, libros sobre la fe, la esperanza, la caridad, sobre el cuidado de los muertos ; y lega á la posteridad los inimitables trece libros de las Confesiones en los cuales acredita que si fundamento de la santidad es la humildad, su humildad sin ejemplo encarnada en esos libros, nos debe dar una idea de su santidad desmedida, y á la vez presenta en ellos el modelo para toda alma que quiere de pésima pasar á ser óptima. Con esta laboriosidad el simbólico grano de la gracia sembrado en la árida tierra de la humanidad se fecunda, desarrolla y produce hermosas flores y sazonados frutos, que comunican hermosura y riqueza á la Iglesia. *It protulit terra herbam virentem et facientem semen juxta genus suum et factum est, vespere et mane dies tertius* (1).

Mientras Agustín está fecundando á la tierra, vuelve su mirada escrutadora al firmamento de la Iglesia y advierte que en Occidente faltan luceros mayores y menores que con el calor de su santidad enfervoricen á las almas tibias y con el brillo de su doctrina instruyan y corrijan á las almas extraviadas (2), y dice: "Háganse luceros en el firmamento de la Iglesia, el uno mayor para que presida al día, y el otro menor para que presida á la noche, y háganse las estrellas: *Fiant luminaria in firmamento coeli*; (3) y se hizo. Dictó Agustín aquella regla inmortal con la cual fundó la Orden de Ermitaños y reformó á los Clérigos, regla que han abrazado en el transcurso de los siglos 130 Ordenes y Congregaciones de uno y otro sexo, clericales, religiosas, caballerescas y militares.

(1) Gen. I.

(2) Conf. XII.

(3) Gen. I.

El día es símbolo de la virtud, de la verdad, de las buenas obras; la noche es símbolo del error, de la ignorancia y del vicio; y según esto, si no me engaño, el lucero mayor de Agustín es la Orden de Ermitaños que instituyó en el yermo, fijándole por espíritu y objeto la práctica de los consejos evangélicos: el lucero menor es la Orden de Canónigos Regulares que Agustín instituyó en la ciudad, la cual á más de la práctica de los consejos debía alumbrar las tinieblas de la ignorancia y del vicio, con la predicación de la divina palabra: las estrellas son todas las ordenes, congregaciones religiosas, clericales, caballerescas y militares que con análogo objeto han adoptado la Regla de Agustín, obras todas de una sola regla, de la que, en comparación de lo mucho que escribió nuestro Santo, puede decirse "Obra de una palabra de Agustín." *Et factum est vespere et mane dies quartus.* Esta obra por sí es suficiente no solamente para llenar una época, mas aún para predicar la grande gloria de Agustín: el sol apareciendo cada día y desapareciendo en la noche, la luna y las estrellas apareciendo la noche y desapareciendo el día, según que la sociedad, tierra destinada á ser alumbrada, está en el día de su fe y virtud, ó en la noche de sus errores y vicios. Por esto desaparecerá á los ojos de la sociedad el sol, desaparecerán la luna y las estrellas, mas no perecerán: cuando no alumbren á un hemisferio, alumbrarán á otro.

Con las aguas salutíferas de la gracia y con el calor del sol quedaba fecundada la tierra, y con la luz de la luna y de las estrellas la mar debía producir almas vivientes á la vida de la gracia y aun volátiles que anunciaran la gloria de Dios (1). Vello: en la escuela y libros de Agustín se forman los volátiles, es decir los misioneros que anuncian la palabra de Dios á los habitantes de oriente y occidente, sur y norte, los Obispos que ascienden á las cátedras episcopales y llenos de la sabiduría del Verbo son la luz del mun-

(1) Conf. lib. XII.

do y la sal de la tierra; los predicadores del Evangelio, de quienes Agustín fué modelo, y á quienes dió reglas de elocuencia sagrada; los filósofos y teólogos que en sus libros encuentran sentados tantos principios y sacadas tantas deducciones, ilustrados tantos dogmas y verdades; y los que justamente lo saludan Padre y fundador de la filosofía y teología cristiana, escriturarios, polemistas, Doctores y Padres de la Iglesia; pues dice Martín V, Sumo Pontífice: *Quicumque de Christo, de fide, de religione aliquid saperent, omnibus in ore erat Augustinus, ut nihil pene ex sacris litteris possit, nisi eo duce intelligi, nihil nisi eo interprete explicari. . . . unius omnium Patrum sapientumque ingenia ac studia exhibet; si veritatem quaeris, si doctrinam, si pietatem, quis doctior? quis justior? quis ut ita dicam, sanctior Augustino?* (1) En fin, en la escuela de Agustín se forman todos aquellos que en el silencio de la celda monacal ofrendan al Altísimo el sacrificio de alabanza, haciendo con sus ruegos que bajen sobre la humanidad las divinas misericordias, y con el brillo de sus virtudes dan aliento á la piedad cristiana, así como los animales sirven para el sostén de la vida del hombre; y hé aquí que Agustín ha imitado la quinta época criadora. *Et factum est vespere et mane dies quintus* (2).

La materia se halla ya despojada por obra de Agustín de los errores de la filosofía pagana y de las sectas religiosas que ha refutado en sus obras: está separado el orden natural del sobrenatural, el libre albedrío del hombre, de la gracia de Jesucristo, determinados los límites de la razón y de la fe: todos los seres, diríamos así, se hallan obrando en su esfera, el clero y el pueblo, los Obispos y los fieles, los monjes y los clérigos, los filósofos y los teólogos, todos los es-

1) In Sermon. de Translatione corporis S. Monicæ.

2) Por no engendrar confusión y por no permitirlo los límites de un discurso, nos hemos abstenido de traer los textos que sirven de fundamento á la alegoría, los cuales pueden verse en los libros XII y XIII de las Confesiones y en los varios comentarios sobre el Génesis del mismo San Agustín.

tados y condiciones á quienes Agustín ha comunicado doctrina y reglas de conducta, y por esto cada cual pone su contingente de acción para el orden, perfección y hermosura del universo católico: falta tan sólo que Agustín demuestre al hombre con la luz de su sabiduría el lazo que le une al Criador.

Dotado Agustín de una razón sublime y poderosa imaginación, de alma viva capaz y penetrante, de un espíritu metafísico de primer orden, acompañado de un corazón ternísimo y singularmente afectuoso, cargado de los despojos arrebatados al divino Platón al maestro Aristóteles, al casi divino Pitágoras, orador y poeta á la vez, levanta al hombre de la postración en que lo tenía sumido el sensismo y el peripato, y colocándolo en medio del universo hace que su colosal figura domine todo lo criado y toque con su cabeza al cielo; y dice "De lo criado nada hay mejor que el alma." Discurre sobre su naturaleza, simplicidad, espiritualidad, inmortalidad, libre albedrío y último fin. Resueltas hasta la evidencia las fundamentales cuestiones metafísicas en varios libros, llena Agustín el abismo que separa el alma de Dios diciendo: "El alma es un ojo abierto que mira á Dios; es un amor que aspira á lo infinito: Dios es la vida del alma, así como el alma es la vida del cuerpo;" y mediante el conocimiento y el amor hace ascender el alma hasta Dios su centro. Luego hace el retrato del hombre de bien y perfecto ante el cual es pálido el justo de Platón, y describe la admirable belleza de Jesucristo tipo real del hombre regenerado. Le da los medios para llegar á conformarse con este tipo y después de muchos y muy sabios preceptos lo compendia todo en estas palabras; *comando, laborando, orando impetrandó*; y luego lo muestra el Costado abierto de Dios Redentor, única arca de salvación, en la cual se verifica la moral y mística unión del hombre con Jesucristo en esta vida, prenda y presagio de la unión real en la otra vida.

El caos y seis épocas ó períodos indeterminados en los que se desarrollaran, ordenaran y perfeccionaran

los elementos primitivos, nos dieron el cielo y la tierra con todo lo que en ellos se halla, este universo en el que echando una ojeada todo poderosa el Omnipotente, reconociéndolo por obra suya, se complace en él y descansa en el sétimo período, pues la obra no admite mayor perfección por corresponder á lo imitable del arquetipo de la mente, á la medida, peso y número decretado en la voluntad divina.

Ni esta imitación puede faltar á Agustín, mi Patriarca. Llegado que hubo á la plenitud de sus días, amado por los católicos y temido por los herejes, el mundo entero pasando de sorpresa en sorpresa al ver sus maravillosas obras, admiró en él al *sabio* y al *santo*, al *sabio* en los 1130 libros escritos en 40 años y al *santo* que se deshacía en deliquios de amor de Dios. La pública fama llegó á sus oídos, se confundió en sí mismo y para confundirse aun delante de los hombres revisó toda su conciencia en los libros de las Confesiones, y en ellos nos dejó descritas las tinieblas, el caos, la confusión de su mocedad: luego revisó todas sus obras escritas á la luz de la fe y de la caridad en los libros de las Retractaciones. En el frontis de los libros de las Confesiones escribiría yo; "33 años, *sicut tenebrae ejus*;" en el frontis de los libros de las Retractaciones: "40 años, *ita et lumen ejus*:" es decir, incalificables sus extravíos cuanto las tinieblas que precedieron á los seis días de la creación; su luz después de su Conversión y las obras hechas en la luz tan superiores en perfección, excelencia y número que exceden á toda ponderación. En esas obras vió Agustín que todo lo que había obrado desde el día de su Conversión era sabiduría y santidad—*Veritas, Charitas*,—y lleno de méritos pasó á gozar del sétimo día que es el descanso verdadero y la gloria sin acabamiento en el seno de la eternidad dichosa y sin fin. *Requievit die septimo ab universo opere quod patrarat.* Amén.

ERRATA.

En la página 1ª, línea 6ª, dice *aniversario*, léase *Centenario*.